

yo en el convento del Santo Sepulcro, para pedirme tabaco; mas en aquel, educado en el colegio de la Propaganda, encontré maneras finas, mucha dignidad en la ejecución de las ceremonias y nobleza en su trato particular.

Los presbíteros coftos se maravillaban al ver un sacerdote del Nuevo Mundo, quizá tanto como este mirando las ceremonias de su rito, sus ornamentos y su oscura fisonomía. « Siempre había deseado hablar á un Americano, me decia uno de ellos, para preguntarle si la fe de Jesucristo presenta en aquellos países remotos tantas divisiones como entre nosotros; á mí me parece que los herejes no irán á predicar allá, que sus habitantes estarán libres de las sectas que por acá nos dividen, y que no habrá entre los cristianos mas que un solo corazón y un solo espíritu. » Él se referia á las antiguas herejías; nunca había oído que los sacerdotes cismáticos saliesen de su país para misionar en tierras extranjeras, y mucho menos en América, en cuyos habitantes veía sus antipodas. Pero los errores que abundan en el Nuevo Mundo tan contrarios á la fe cristiana, como el cisma y las herejías que invadieron el Oriente, á él eran desconocidas, porque no han llegado aun al Alto Egipto ni á la Nubia; y la indiferencia y el materialismo, aun cuando tuvieron siempre prosélitos numerosos entre aquellos pueblos idiotas, no estuvieron erigidos en sistema como lo están hoy para muchas gentes del nuevo continente.

Los Latinos y los Coftos poseen buenas escuelas, las de mujeres se encuentran bajo la dirección de las Hermanas del Buen Pastor, que tienen un hermoso establecimiento con trescientas niñas.

Visitando las casas religiosas de los disidentes me encontré en un convento de monjes abisinios, que llaman de San Sergio. La extensión de este es vastísima, pero los individuos que lo habitan son en número muy escaso. En el interior existe una iglesia pobre y desaseada, y desde su presbiterio se baja por una escala doble á una gruta que se supone ha-

bitó la santa Familia durante su peregrinación en Egipto. Yo nada he visto que asegure la identidad de este lugar, si presencié visitándolo escenas que me parecieron en extremo chocantes. El sacerdote que nos señalaba aquellos sitios refería mil patrañas sucedidas, según él, durante fueron habitación de Jesús y de María. Habiéndole pagado el estipendio debido por nuestra visita, tratábamos de salir por entre una multitud de niños y mujeres que se habían juntado, y nosotros creíamos eran devotos que aprovechaban aquella oportunidad para visitar los mismos lugares. Mas no era así: esos individuos eran moradores del monasterio, que nos pedían *bachkis*, ni mas ni menos como los Árabes, y que se disponían á acometernos como los de Caná de Galilea, experimentando nuestra negativa. El Sr. Ibarguengoitia, Mejicano respetable con quien me acompañaba desde mi salida de Jerusalén, habló al monje con energía, representándole lo impropio de este lance que sucedía en el templo; pero mal podía este aplicar remedio cuando él y otros de su misma casa animaban á aquella multitud para que nos hiciese dar dinero. Pudimos con pena salir hasta la puerta, en donde un agente de policía llamado por nuestro dragoman hizo retirarse á la turba de niños y mujeres. Aquellos mismos monjes han hecho esfuerzos desde muy atrás por apoderarse de un sicomoro respetado por los Orientales, y bajo cuya sombra suponen estos que la Virgen María descansó antes de entrar al Cairo antiguo, donde se encuentra aquella casa, convertida en monasterio de S. Sergio. Aquel árbol, á pesar de ser bastante grueso, presenta su tronco cubierto de nombres de individuos de todas las naciones que lo visitaron.

Por doloroso que me sea recordar las imágenes que ofrece el gran depósito de esclavos, referiré lo que vi, experimentando el horror é indignación al mismo tiempo que excitan la justicia públicamente hollada, los derechos mas sagrados del hombre conculcados y su dignidad de ser racional vilipendiada del modo mas ignominioso. Lo que sucede en el Cairo



empeñada en rescatar á unos y en aliviar siquiera la situacion de los demas, ya que no tiene arbitrios para romper las cadenas de todos.

Una casa de Trinitarios acaba de establecerse en el Cairo, y otra se establecerá presto en la Nubia: en 1853 han rescatado setenta y cinco niños, que fueron enviados á Europa para ser educados por diversas congregaciones. De esta manera un instituto que tan distinguidos servicios prestó á la Religion cristiana en la edad média y en la época azarosa de las guerras de España con los Moros, hoy se hace útil nuevamente; y los que atravesaban el Mediterráneo para ir á ocupar el lugar de los cautivos que rescataban en Túnez y en Argel, hoy van al Egipto y á la Nubia buscando hombres que redimir de una afrentosa esclavitud. Á la Francia católica cabe el honor de esta gloriosa empresa, pues de su seno salieron los individuos que la han acometido, y que con la bendicion del Cielo y su abnegacion ejemplar la llevarán á cabo, no solamente para rescatar á los que soportan la esclavitud material, sino tambien á los esclavos de la ignorancia y del interes que especulan en aquel tráfico inicuo.

Cuando Thésbes dejó de ser corte de los Faraones, que trasladaron su residencia á Méfis, esta ocupó el primer lugar entre las ciudades de Egipto. Sus riquezas inmensas, su poblacion innumerable, sus palacios habitados por príncipes, sus monumentos de toda especie, sus instituciones avanzadas, su política ilustrada, el talento de sus soberanos y la sabiduría de sus leyes le prometian una duracion eterna. Pero al mismo tiempo que desvanecida por su esplendor se creía inmortal y todopoderosa, una voz que le echaba en cara los vicios que ocultaba bajo su ropaje de oro, le decia que caería y caería presto, que sus palacios serian reducidos á polvo y anodadas sus estatuas gigantescas, que sus reyes perecerian, y de Méfis toda apénas quedaria la angustia que sucede á la desolacion. Yo he atravesado el sitio de sus plazas y palacios, de sus templos y monumentos, de sus ba-

ños y jardines, de sus fábricas y talleres que asombraban, ; sin encontrar ni aun escombros que detuviesen el galope de los asnos! He reconocido su grandísima extension desde Sákara hasta Gise, campos que le servian de grandes cementerios, y nada encontré fuera de esos montes colocados por la mano de hombres empeñados en halagar su vanidad hasta mas allá de la vida. Yo subí la gran Cheops (1), y desde su cima mi vista se esforzaba por descubrir alguno de los grandiosos monumentos de la orgullosa Méfis. ; Trabajo vano! No veía sino los cementerios, que luchando con los huracanes viven para atestiguar que murió, y que reducida á polvo los vientos esparcieron este confundido con las arenas del desierto. No ví mas que esas ciudades de muertos abiertas hoy por la avaricia de los hombres que turban la paz de los sepuleros para adquirir monedas en cambio de esqueletos humanos. Pisaba las cenizas de tantas dinastías, veía á mis piés reducida á la nada su grandeza, y del fondo de los salones sepulcrales que cubre esta enorme pirámide, me parecia oír salir una voz solemne que retumbando en los vecinos desiertos de Libia y de la Nitria dejaba oír: « El tiempo huye, los hombres pasan, Dios solo es eterno. »

No he visto imágen tan viva de ese movimiento á que vive sometido el hombre, como el que representan las arenas del desierto movidas por el viento; parece que toda la tierra se conmueve y se trastorna, que los cerros varian de lugar, que las pirámides quedan sepultadas, y que el caudaloso Nilo va á desaparecer enterrado bajo los promontorios que arroja la tierra de su seno. Yo contemplaba este imponente espectáculo teniendo enfrente al desierto conmovido y á mis espaldas los silenciosos campos del Egipto; el viento azotaba la gran pirámide que hace cuarenta siglos ve morir día por día á su pié las olas de arena en que los huracanes amenazan sofocarla.

(1) La mas alta de las pirámides de Egipto, que tiene cuatrocientos sesenta y un piés de altura.



es lo mismo que ví en Alejandría, lo mismo que se ve en Constantinopla y en todas las grandes ciudades del imperio otomano. Atravesando callejuelas estrechas y sombrías y un bazar donde se hacen los contratos de esclavos, llegué á un grande y antiguo edificio, cuyo interior, semejante á una plaza, está rodeado de salas bajas, sucias y poco ventiladas; algunas puertas de estas estaban abiertas, y mirando para dentro se veían muchachos de los dos sexos, desnudos y echados sobre la tierra: el mismo espectáculo ofrecían ciertos grupos de estos seres infelices que se percibían en diferentes puntos de aquel gran patio. Mas de quinientas personas puestas en venta encerraba aquel día este depósito, y en ninguno de tantos individuos dejé de notar la aflicción y el dolor mas vivo, mezclado en no pocos con la desesperación. Pocos hay que tienen todavía veinte años, y ninguno que pase de veinte y cinco. El malísimo alimento, el cruel trato, la aflicción y la penosa travesía que hacen ántes de llegar al Cairo acarrea á muchos la muerte, que sin pena ven llegar. La mayor parte de los esclavos negros son traídos de Kordojan, de Sennaar y de Darfur: estas caravanas conducen millares de individuos arrancados sin piedad de su patria, de sus afecciones mas queridas, de las costumbres en que se criaron, y sin responder á sus gritos y lamentos mas que con amenazas y castigos. Nadie podrá imaginar lo que sufren estos desgraciados, atravesando los desiertos en número tan considerable: jóvenes que parecían robustos y niñas en la flor de su edad quedan caídos en la arena extenuados por el cansancio y la debilidad. El calor les abrasa, mueren maldiciendo á sus verdugos, y sus blancos huesos son presto reducidos á polvo por las pisadas de los Bárbaros, que conducen otras víctimas al Cairo por el mismo camino. Los de Darfur y de la Nubia, mas sensibles que todos los demas, se lamentan con mayor viveza, lloran sin consuelo á cada instante, y piden á cuantos ven que les saquen de allí y les vuelvan á su patria. ¡Qué importa que nadie entienda su

lengua, si el dolor y las lágrimas explican una misma cosa en todos los idiomas! Pero esa misma pena que moverá á compasión á toda alma generosa, léjos de alcanzar para ellos la piedad de sus guardianes, les gana un trato todavía mas cruel, como si quisieran ahogar un dolor con otro nuevo, ó hacer ménos perceptibles los sufrimientos pasados aumentando los presentes.

Un inspector de la casa me llevó por todos los departamentos. « Este es, me decía, el de las que ya son madres, este el de los que no han cumplido todavía doce años; aquí están los de la Nubia, estos son de Darfur, y aquellos vienen de Abisinia y pagan en la cadena que soportan la bravura que les distingue, hasta el extremo de venir con nosotros á las manos alguna vez. Los de aquella sala son sanos y robustos, los de aquella otra de calidad inferior, y aquellos que juegan por el patio están ya destinados: irán á las casas de los grandes potentados, pues tienen una calidad que les da precio muy subido..... » La naturaleza se estremece contemplando semejantes espectáculos, y el pudor y la dignidad humana imponen silencio cuando se trata de referir sus pormenores. Yo distribuí unas pocas monedas entre aquellos desgraciados, mas aun no salía todavía del sitio, cuando ya otro empleado se las quitaba á viva fuerza. En la oficina principal se efectuaba la venta de tres muchachas blancas y dos niños negros de pocos años: todos cinco temblaban, iban á dejar una prision insoportable; mas ¿quién podría asegurarles que su suerte de por vida no seria igual á esta? — Un comprador registraba miéntras tanto á su placer á aquellos seres infelices, miéntras que los otros disputaban á gritos sobre el precio poniendo tachas al efecto como á cualquiera de las mercancías del bazar.

Conociendo hasta qué extremo de degradación llega el hombre sometido por la adversidad y la barbarie á esta cruel y afrentosa situación, sabrá apreciarse mejor la acción del catolicismo, que principia á sentirse en esos mismos lugares,